

Sobre Biblioteca en guerra

Marco Aurelio Torres H Mantecón

La Guerra Civil de 1936-1939 fue el acontecimiento más importante en la historia contemporánea de España y uno de los sucesos clave de la historia mundial del siglo XX, pues en ella se dirimió el primer enfrentamiento entre la democracia y el fascismo. El 18 de julio de 1936 un golpe de Estado encabezado por un grupo de militares, que contó con el apoyo de la derecha, la oligarquía, la Iglesia católica y, sobre todo, la Alemania nazi y la Italia fascista, puso en jaque al gobierno republicano democráticamente electo y tres años más tarde, tras una cruenta Guerra Civil, la República española, “cautiva y desarmada”, como rezaba el último parte de guerra, fue destruida por las armas, instaurándose la larga dictadura del general Franco, que borró de la historia sus logros y la memoria de los hombres y mujeres que los hicieron posibles. La República española, proclamada el 14 de abril de 1931 en medio del júbilo y la esperanza populares y sin derramamiento de sangre, fue acosada y derribada por los grupos que se sintieron afectados por las reformas de gran calado que ésta puso en práctica con la finalidad de modernizar la economía, la política y la sociedad: consagró la laicidad del Estado, reorganizó el ejército y adoptó medidas radicales y profundas sobre la distribución de la propiedad de la tierra, los salarios de las clases trabajadoras, la protección laboral y la educación pública. En palabras del historiador Julián Casanova, “nunca en la historia de España se había asistido a un periodo tan intenso de cambio y conflicto, de logros democráticos y conquistas sociales”.¹ Logros y conquistas que tuvieron una de sus

¹ Casanova, Julián. *República y guerra civil. Historia de España*, vol. 8. Barcelona, Crítica, Marcial Pons, 2007, p. 40.

máximas expresiones en la reforma educativa: eliminación del monopolio de la enseñanza que detentaba la Iglesia católica, construcción de 13,570 escuelas en sólo dos años (1.2 veces más que las 11,128 que la monarquía construyó en los treinta años anteriores),² creación de bibliotecas populares y obreras y amplios y variados programas de fomento a la lectura.

Setenta años después de iniciada la Guerra Civil, la Biblioteca Nacional de España organizó la exposición *Biblioteca en guerra* que se presentó en Madrid del 15 de noviembre de 2005 al 19 de febrero de 2006 y que actualmente se encuentra recorriendo diversas ciudades españolas, misma que “recoge las páginas más brillantes de la historia de nuestras bibliotecas, páginas borradas al terminar la guerra y nunca recuperadas: setenta años en el olvido”. Como parte de la exposición se elaboró un catálogo que, como reconocen sus comisarios y editores Blanca Calvo y Ramón Salaberría, es “ciertamente atípico, más lleno de textos interesantes, de insinuaciones, que de descripciones detalladas de las piezas expuestas”. En efecto, el volumen *Biblioteca en guerra* (Madrid: Biblioteca Nacional, 2005. 492 p. ils.), constituye una interesante recopilación de textos, documentos y fotografías de la época de la República española y de la Guerra Civil, inteligentemente articulados mediante 13 ensayos escritos ex profeso para la obra, que abren y dan nombre a cada uno de los apartados en que se divide ésta y nos permiten hacer un recorrido por los brillante actos de la Segunda República Española en materia de creación de bibliotecas municipales y obreras y de fomento de la lectura, para adentrarnos después en el tema central: la labor que desarrollaron los bibliotecarios durante la Guerra Civil para poner a salvo los miles de libros y manuscritos que custodiaban la Biblioteca Nacional y las bibliotecas de la Ciudad Universitaria –ubicada en primera línea del frente de batalla–, así como para rescatar y catalogar los provenientes de las más importantes bibliotecas privadas abandonadas por sus dueños, en riesgo por los constantes bombardeos que castigaron duramente a la capital española durante los tres años que resistió al grito de: “¡No pasarán!”, y también para dotar de bibliotecas a las unidades militares en los diferentes frentes de batalla

² Vid. Tamames, Ramón. *La República. La era de Franco. Historia de España Alfaguara VII*. Madrid, Alianza Universidad, 1973. pp. 144.

y continuar la promoción de la lectura entre la población civil durante ese difícil periodo.

Como la historia no es nada más una sucesión de hechos sino que también involucra a las personas, *Biblioteca en guerra* incluye las biografías de una generación excepcional de bibliotecarios que creían apasionadamente en la capacidad transformadora de los libros y en las posibilidades de las bibliotecas como instrumentos de libertad. Cinco bibliotecarios en guerra, alrededor de los cuales se estructuró la exposición, sobresalen de las páginas de este libro y del DVD, producido también por la Biblioteca Nacional de Madrid, que resume en imágenes sus vidas y obras: Tomás Navarro Tomás (La Roda, Albacete, 1884-Northampton, Massachusetts, 1979), director de la Biblioteca Nacional entre 1936 y 1939 y puntal de la filología española, se vio obligado a continuar su fructífera vida de investigador y profesor en el exilio en la Columbia University de Nueva York; Juan Vicéns (Zaragoza, 1895-Pekín, 1959), amigo de Luis Buñuel desde su adolescencia –cercanía acrecentada por los años compartidos en la Residencia de Estudiantes de Madrid–, fue un especialista en bibliotecas populares y durante la guerra se desempeñó como Secretario de la Comisión Gestora del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos y luego miembro del Consejo Central de Bibliotecas y en los años que pasó exiliado en México desarrolló una importante labor docente y práctica; María Moliner (Paniza, Zaragoza, 1900-Madrid, 1981), integrante de la delegación valenciana del Patronato de Misiones Pedagógicas, durante la Guerra Civil fue directora de la biblioteca de la Universidad de Valencia, directora de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional y autora de un *Proyecto de bases de un plan de organización general de bibliotecas del Estado* (1937), años después en su largo y anónimo exilio interior publicó el indispensable *Diccionario de uso del español* (1966); Teresa Andrés (Villalba de los Alcores, Valladolid, 1907-París, 1946) sirvió a la República en guerra como responsable de la Sección de Bibliotecas del organismo Cultura Popular y tuvo a su cargo la creación de numerosas bibliotecas para los frentes de batalla, hospitales, guarderías de niños y entidades políticas y sindicales; y Jordi Rubió (Barcelona, 1887-1982), creador del sistema bibliotecario catalán, responsable del Servei de Biblioteques del Front de la Generalitat catalana en el periodo de la guerra y de resguardar los fondos de

la Biblioteca de Cataluña, al término de la guerra permaneció en España y fue víctima de la represión: se le prohibió volver a ejercer su profesión de bibliotecario y la docencia y tuvo que trabajar, hasta su jubilación, en una editorial, pero él se mantuvo firme y formó, en clases privadas, gratuitas y clandestinas, a toda una generación de investigadores catalanes.

Además de las vidas de estos cinco bibliotecarios, a lo largo de todo el volumen se incluyen breves biografías de otros 22 personajes del mundo de las bibliotecas republicanas.³ De este colectivo, especial interés tienen para el lector mexicano los relatos de vida de seis personajes que llegaron a nuestro país, además del ya mencionado Juan Vicéns, en calidad de exiliados políticos y desarrollaron una destacada labor en el mundo del libro, las bibliotecas y la cultura. Se trata de los historiadores, paleógrafos y bibliógrafos Agustín Millares Carlo (Las Palmas de Gran Canaria, 1893-1980) y José Ignacio Mantecón (Zaragoza, 1902-ciudad de México, 1982), quienes fueron catedráticos en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas y en la Universidad Nacional Autónoma de México y autores, en conjunto y por separado, de una vasta y erudita obra que incluye varios clásicos como la *Historia del libro y las bibliotecas* de Millares Carlo, el *Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta, 1448-1825* de Mantecón y el *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* de ambos; Ramón Iglesia (Santiago de Compostela, 1905-Madison, Wisconsin, 1948), bibliotecario e historiador, quien antes de trasladarse a los Estados Unidos fue durante unos años investigador de El Colegio de México y la UNAM; José Moreno Villa (Málaga, 1887-ciudad de México, 1955), poeta, pintor e historiador del arte, también investigador en El Colegio de México; Juan Almela Meliá (Valencia, 1882-ciudad de México, 1970), tipógrafo y restaurador de libros, autor de *Manual de conservación de libros, estampas y manuscritos* y de *Higiene y terapéutica del libro* (1956); y Ramón Mestre (Vilanova i la Geltrú, Barcelona,

³ La relación completa de los 22 personajes en el orden en que aparecen en *Biblioteca en guerra* es la siguiente: Pilar Salvo, Carmen Caamaño, Vicente Loriente, Juana Capdevielle, Carmen Guerra, Juana Quílez, Homero Serís, Agustín Millares Carlo, Luisa Cuesta, Matilde López Serrano, Ramón Iglesia, Miguel Artigas, Antonio Rodríguez Moñino, José Moreno Villa, Justo García Serrano, Javier Lasso de la Vega, José Ignacio Mantecón, Juan Almela Meliá, José Fernández Sánchez, Luis Floren, Juan García Durán y Ricardo Mestre.

1906-ciudad de México, 1997), anarquista, editor y fundador de la Biblioteca Social Reconstruir que sigue funcionando en la ciudad de México.

La gran cantidad de ensayos, textos y documentos que contiene *Biblioteca en guerra*, así como el breve espacio disponible, hacen imposible comentarlos uno por uno, por lo que a continuación me referiré únicamente a algunos. En el ensayo que abre la obra, “Los libros y sus destinos”, el filósofo Emilio Lledó reflexiona acerca del papel protagónico del libro en la cultura y del “inmenso horizonte de experiencia que nos abre la escritura”. El conocido aforismo *pro captu lectoris habent sua fata libelli* (algo así como que el destino de los libros depende de la capacidad, libertad e inteligencia de cada lector) de la autoría de Terenciano Mauro a finales del siglo III –tan famoso que incluso se ha querido atribuir al poeta Horacio en lugar de a su autor, un modesto gramático africano–, le sirve a Lledó para afirmar que “en las páginas de los libros alienta la posibilidad de enriquecer el diálogo interior que los seres humanos llevan consigo mismos” y que “el libro, el tiempo coagulado en sus páginas, la realidad de otras mentes convertida en palabra, no es sólo receptáculo donde yace el pasado, sino camino que nos orienta hacia el futuro”. El autor destaca la labor realizada por los bibliotecarios republicanos y señala que el abandono de la política bibliotecaria popular y el exilio de las figuras más importantes al perderse la Guerra Civil significó un empobrecimiento de las posibilidades culturales de la sociedad española.

En su texto póstumo “Libros para empezar una vida”, Eduardo Haro Tecglen hace un recorrido por sus primeros libros y lecturas y destaca las consecuencias directas que sobre ellos tuvo la Guerra Civil que le tocó vivir muy joven: “mi primera biblioteca fue la de mi padre [...] era irregular y desordenada. Se cerraba con llave, pero la llave estaba siempre puesta y yo podía tomar el libro que quisiese. No había índice de prohibidos. [...] Aquella biblioteca mía, aquella de mi padre acabó como tantas otras, cuando llegaron los bárbaros y hubo que quemar libros antes de que quemasen también al lector”.

“La lectura valorada: las bibliotecas populares en Asturias”, de Ángel Mateo Díaz, enfatiza uno de los cambios más relevantes de la actividad cultural del siglo XX español que se dio desde finales del siglo XIX en Asturias: “la extensión de las prácticas lectoras a toda la población y la conformación de una nueva men-

talidad social mediante la utilización del libro, entendido como vehículo múltiple con un valor formativo [...] y con una función lúdica: potenciar el conocimiento y el entretenimiento mediante la literatura”, a través de la creación de una red de bibliotecas populares totalmente destruidas durante la Guerra Civil.

La Segunda República española (1931-1936) fue un momento de auge de la actividad editorial, como lo expone Ana Martínez Rus en su ensayo “La expansión de la lectura: las iniciativas editoriales durante la Segunda República”, régimen que “supuso un punto de inflexión en la valoración del libro y de la lectura porque se pasó de la lectura popular a la lectura pública para culminar en la lectura militante de la guerra civil”. Esa época se caracterizó por el empeño en fomentar la industria editorial y el comercio del libro en toda España, generando no nada más una renovación temática, con el auge y la popularización del libro político, sino una ruptura de los circuitos de venta y lectura, anteriormente restringidos y reservados a una minoría, mediante la extensión de las bibliotecas, las ferias del libro y las giras de los bibliobuses; en síntesis, el libro salió al encuentro del lector. Por extraño que parezca y a pesar de la natural escasez de papel, durante la Guerra Civil no se detuvo el impulso al libro. En ese periodo se publicaron en la zona republicana unos 2,400 títulos, incluyendo originales y reediciones, desde luego, supeditados a los objetivos políticos y militares de la guerra, por lo que entre ellos predominan textos ideológicos y doctrinarios, denuncias de las atrocidades de los sublevados, literatura testimonial y poesía épica, recopilada en varios romanceros. “La socialización del libro y de la lectura –señala la autora– culminó durante la guerra porque el libro se convirtió en el símbolo de la España democrática y defensora de la cultura que luchaba en los frentes con el fusil”.

El historiador Josep Fontana recalca en su ensayo “Una temible revolución: de habitantes a ciudadanos” la esencia reformista del proyecto republicano español: la transformación de la sociedad por medio de la educación; y pone como ejemplo la labor que llevaron a cabo las Misiones Pedagógicas, instituidas al inicio de la República, en 1931, con la finalidad de difundir la cultura en las poblaciones rurales: “Las misiones entraban en los pueblos con música y fanfarrias, reunían a la gente en la plaza mayor para explicarle el propósito de su visita, hacían lecturas poéticas y conferencias, proyectaban documentales (llev-

aban su propio generador porque muchos pueblos carecían de luz eléctrica), tocaban música con el fonógrafo y, después de una actuación de dos a cuatro días, se iban dejando en el pueblo una pequeña biblioteca con cien volúmenes, un fonógrafo con discos y reproducciones de pinturas famosas.” Acerca del proyecto de transformación social que emprendió la República, Fontana afirma que si bien “fracasó ante las armas y la bruta represión de los sublevados: hubo un gran número de maestros asesinados, millares de libros quemados y la mejor parte de los intelectuales y científicos españoles se vio obligada a tomar el camino del exilio [...] en el mismo fracaso de ese proyecto educador estaba implícita su grandeza: aquello que permite entender que la España del Frente Popular se convirtiese en un ejemplo para el mundo.”

De entre los documentos de la época republicana que *Biblioteca en guerra* recupera, llama la atención el texto que Federico García Lorca leyó en 1931 en su Fuentevaqueros natal, con motivo de la inauguración de la biblioteca pública, y que constituye una desgarradora defensa del derecho a la cultura y la educación: “Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle, no pediría pan; sino que pediría medio pan y un libro. Yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales, que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan.” También son interesantes las reflexiones de Juan Vicéns acerca del desarrollo de las bibliotecas populares durante la República española y los informes que el propio Vicéns y María Moliner presentaron como resultados de los viajes que realizaron por muchas ciudades y pueblos en su calidad de inspectores de bibliotecas. Verdadera curiosidad bibliográfica es el *Himno de las bibliotecas proletarias* con música de Vicente Sala Viú y letra de Rafael Alberti, que muestra el espíritu combativo que la época le imprimió a la creación y uso de las bibliotecas.

En su bien documentado ensayo “El archivo de la Biblioteca Nacional: fuentes documentales para el estudio de los archivos, bibliotecas y museos españoles durante la guerra civil”, Enrique Pérez Boyero aporta una guía para reconstruir lo que fue la labor de rescate del acervo bibliográfico y documental de la Biblioteca Nacional, excelentemente complementada con los documentos

de la época que se reproducen. La conclusión del autor no tiene desperdicio: “La propaganda franquista acusó incesantemente al Gobierno de la República (“los rojos”) de destruir el patrimonio artístico y cultural de España. [...] Sin embargo, el Marqués de Lozoya, que fue presidente del Patrimonio Nacional durante la dictadura del General Franco, afirmó que nada de importancia, tanto de pinturas y esculturas como de libros y manuscritos, se había perdido durante la guerra, y que las colecciones nacionales se hallaban en el mismo estado en que estaban en 1936.” Las cifras del rescate hablan por sí mismas: se preservaron los acervos de la Biblioteca Nacional y los más de 400 mil volúmenes de las colecciones depositadas en ella por la Junta de Protección y se salvaguardaron más de 80 bibliotecas privadas de gran valor.

En “Libros que salvan vidas. Libros que son salvados: La Biblioteca universitaria en la batalla de Madrid”, Marta Torres Santo Domingo narra cómo, al encontrarse la Ciudad Universitaria madrileña en la primera línea de batalla en noviembre de 1936, sus defensores, que carecían de sacos de arena, tuvieron que parapetarse con libros. Bernard Knox, joven inglés integrante de las Brigadas Internacionales que reforzaron la defensa de Madrid, lo narró así: “Las barricadas estaban hechas con libros de la biblioteca; cogimos los más grandes y voluminosos que pudimos encontrar; entre ellos recuerdo que había una enciclopedia de religión y mitología hindú. Más tarde descubrimos, después de escuchar los impactos de las balas en los libros, que el grado de penetración de las balas llegaba aproximadamente hasta la página 350.” Una vez estabilizado el frente, en marzo de 1937 dio inicio el salvamento de los libros de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, que albergaba más de 146 mil volúmenes. Entre ellos se lograron recuperar, como reseña una nota periodística de marzo de 1937, verdaderas joyas bibliográficas como “la *Biblia Hebrea* del XIII, el mismo ejemplar que adquirió el cardenal Cisneros para sus famosos trabajos; los *Sermones de Santo Tomás de Villanueva*, códice que se tiene por original del mismo santo; la *Crónica Martiniana*, del xv; el testamento de Cisneros, manuscrito, en pergamino; la *Cosmografía*, de Tolomeo; el *Fasciculum Temporum*, primer libro que con grabados se hizo en España...”

En el apartado dedicado a la sección de Bibliotecas del organismo Cultura Popular, a cargo de Teresa Andrés, resulta notable constatar que en los años de

la guerra se distribuyeron a batallones, hospitales, guarderías y rincones de lectura 1,098 bibliotecas con un total de 131,780 volúmenes. Situación similar ocurrió en Cataluña, región que tenía autonomía en la gestión de sus bibliotecas, a través del Servei de Biblioteques del Front a cargo de Jordi Rubió, el cual, además de atender hospitales y unidades militares y de enseñar a leer y escribir a los soldados analfabetos, organizó un servicio de bibliobuses que realizó 18 viajes por Cataluña y Aragón, llevando 2,191 volúmenes, 750 folletos de propaganda y diversas revistas.

De los documentos y textos de época incluidos en los apartados dedicados a la Guerra Civil mencionaré las “Indicaciones para la organización de las Bibliotecas de los frentes, cuarteles y hospitales” de Teresa Andrés; la alocución de Miguel Hernández cuando se inauguró, a principios de 1937, la biblioteca de la 1ª Brigada Móvil de Choque, en la que advierte a los soldados sobre “la profunda significación que las bibliotecas han de tener en nuestra República de trabajadores, que ha de ser una república de laboriosidad y cultura. Las bibliotecas, con las universidades y las escuelas, vendrán a ocupar los puestos que hoy tienen tabernas, casas de prostitución y bancos hipotecarios...”; y el prólogo a las *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas* (Valencia, Ministerio de Instrucción Pública, 1937), en el cual María Moliner exhorta en estos términos a los bibliotecarios rurales: “El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir, y en la eficacia de su propia misión para contribuir a ese mejoramiento.”

Los capítulos finales de *Biblioteca en guerra* se refieren a otros conflictos armados, pasados y recientes, con el objeto de recordar que lo sucedido en España entre 1936 y 1939 puede suceder de nuevo –de hecho, ha sucedido recientemente en Sarajevo y Bagdad–, denotando así la persistente fragilidad de nuestra cultura y el peligro que corren las bibliotecas nacionales, repositorios del patrimonio cultural de los pueblos, ante el poder destructivo de la guerra. En “Después del infierno: reconstrucción y tareas pendientes” Arsenio Sánchez Hernández hace un balance de la destrucción de la cultura durante el siglo XX como consecuencia de las guerras, y toma como ejemplo el caso de Lovaina, Bélgica, cuando en el verano de 1914 el ejército alemán, al arrasar la

ciudad, destruyó la biblioteca universitaria, fundada en 1425, albergue de más de 230 mil volúmenes, incluyendo 900 manuscritos y 800 incunables, de los cuales ninguno sobrevivió. Gracias a un amplio movimiento de solidaridad internacional la biblioteca de Lovaina fue reabierta en 1928, sólo para ser de nuevo destruida totalmente por los alemanes en mayo de 1940. Durante la Segunda Guerra Mundial, calcula el autor, el 52% del patrimonio bibliográfico europeo desapareció: 200 millones de volúmenes manuscritos e impresos fueron destruidos, recuento de desastres que aterra aún más si consideramos, a partir de los datos que aporta Fernando Baez en “Las bibliotecas en llamas”, que sólo han llegado a nosotros mínimos vestigios de las 100 bibliotecas que había en la región que hoy conocemos como Mesopotamia; que más del 80% de la literatura y la ciencia egipcias se perdió, y más del 75% de la producción intelectual griega también fue destruida en los saqueos e incendios de bibliotecas; que en el año 213 a. C. el emperador Shi Huan ordenó la quema de todos los libros pues quería –como muchos gobernantes pasados y presentes– que el tiempo comenzara con él; y si recordamos los millones de libros quemados por los nazis, el “Bibliocausto”; el bombardeo y destrucción, en agosto de 1992, de la Biblioteca Nacional de Bosnia y Herzegovina en Sarajevo y el incendio de la Biblioteca Nacional de Bagdad en abril de 2003.

Ante este riesgo, Paloma Fernández de Avilés propugna, en “Por una cultura de la paz desde las bibliotecas”, una biblioteconomía progresista, ya que para ella “las bibliotecas tienen un papel esencial en la promoción de la paz entre los ciudadanos”, idea complementaria de los conceptos que vierte Javier Guerra en “Bibliotecas y guerra”, donde afirma que “las guerras son testimonio del *miedo* al otro” y, en contraste, “las bibliotecas son en sí mismas lugares de tolerancia, lugares de encuentro con el otro, de intercambio, de relaciones, de comunicación, de solidaridad. Son lugares de paz”.

En síntesis, *Biblioteca en guerra*, al recuperar la memoria de los bibliotecarios republicanos y su quehacer durante la Segunda República y la Guerra Civil española, le hace la guerra al olvido, el mayor enemigo de la verdad, como apunta Umberto Eco en *El nombre de la rosa*. Gracias a *Biblioteca en guerra* la inmensa y moderna labor llevada a cabo por los bibliotecarios republicanos españoles ha sido rescatada del olvido al que deliberadamente había sido condenada por

el franquismo, mediante la reivindicación de los logros, los anhelos y las esperanzas de esos hombres y mujeres que creyeron en el libro y en las bibliotecas como instrumentos de libertad. Bibliotecarios rescatados por una nueva generación de bibliotecarios (Blanca Calvo y Ramón Salaberría, sus cabezas más visibles, con el decidido apoyo de Rosa Regàs, directora de la Biblioteca Nacional de Madrid) que vuelve a creer y proclamar a los cuatro vientos que las bibliotecas no deben ser meros repositorios de libros para uso del bibliotecario, del erudito o del selecto aficionado, sino que son entidades vivas, espacios privilegiados para la circulación de las ideas, con un valor social específico como instrumentos de educación pública, paralelos y complementarios a la escuela. Bibliotecas que crean, fomentan y consolidan la lectura. Las bibliotecas como instrumento de libertad. Bibliotecas en guerra contra la ignorancia y la manipulación. ❖